

KRISS

Año II

Núm. 49

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: T. 75536

Madrid, agosto de 1938

REVISTA
DE GUERRA



Director:
Miguel Torres

SUMARIO

Historia de la segunda República Española. — Tres amapolas. — El soldado español. — Actualidad internacional. — Sección literaria, etc., etc.



La juventud antifascista, animada por el deseo de rendir toda su utilidad en pro de la libertad de los pueblos, se adiestra en las prácticas de la guerra.

LA CONQUISTA
DEL AIRE



Ayuntamiento de Madrid

SANGRE ASTURIANA

«EL PEQUE»

Le he conocido en el lugar donde des-
cansa uno de nuestros batallones. Le he co-
nocido y he hablado con él, con el "espíri-
tu de un hombre", sí; con el espíritu de un
hombre encerrado en el cuerpo de un niño,
como un gran pensamiento, una gran idea,
está condensada en un diminuto libro. Al
uno como al otro hay que buscarlo y sa-
carlo a la luz, no hay que dejarlos que pe-
rezcan vegetando entre las tinieblas, hay
que abrirles horizontes y mostrarles al
mundo, diciendo: ¡he aquí un ejemplo!

Le he conocido, como conocemos ahora
a cientos de seres; unos pasan, y los vemos
pasar con indiferencia; otros nos ganan
una inexplicable simpatía, que no sabemos
a qué atribuir; otros nos causan honda im-
presión, y a veces parece que llevan parte
de nosotros, que ejercen influencia en nues-
tros hechos y hasta tiranizan el pensamien-
to; de estos últimos es mi conocido. Es un
niño, un niño por el cuerpo, por sus ras-
gos infantiles; de ojos oscuros y mirada
viva, a veces inquieta, que parece tiene
prisa por captarlo todo, que teme perder
un hecho, un movimiento de vida; otras ve-
ces la fija, queda abstraído y no deja duda
de que profundiza, que quiere descubrir,
violar el secreto "del por qué" de la cosa
más nimia. Tiene quince años, quince años
raquíticos, menudos; sus venas llevan san-
gre asturiana, rebelde, aventurera, sangre
de las minas. Nació y vivía en una villa
cerca a Mieres. De inteligencia muy viva,
nada pasa desapercibido para él, razona de
forma poco común en los de su edad; mu-
chas veces sus palabras son como mazas que
caen seguras, fuertes, sin miedo al vacío.
Sólo he hablado dos veces con él, una ayer,
otra hoy, que trato de exprimirlo, de sa-
carle los puntos claros y oscuros de mi
vida; se presta abiertamente a mi deseo,
después noto que a veces muestra recelo,
que más desearía no contestar a mi pre-
gunta, mejor dicho, que yo no hubiese in-
tentado saber algunos hechos, pero ya no
tiene remedio y se presta francamente a
mi capricho de saber lo ajeno. Desde aquí
él habla, yo pregunto y copio textualmen-
te sus palabras una a una.

—Peque, dime algo de tu familia.

—Mi padre tiene sesenta y cinco años;
hoy no sé lo que hará. Cuando salí de mi
tierra seguía trabajando en la mina, apor-
tando su grano de arena a la proeza de un
pueblo que será libre, por querer y poder
serlo, no necesitando tutela extraña ni ad-

ministradores de su riqueza; el abuelo es-
taba ya muy estropeado. Ha trabajado mu-
cho por sacarnos adelante. Somos catorce
hermanos; unos están allá en la América;
cuatro luchan en la España..., en la leal
—dice—, temiendo una confusión; los
otros no sé; ignoro su suerte.

—¿Qué hacías allá en tu tierra?

—Fuí siempre al colegio; me gusta
aprender. Me enseñaron Gramática, Arit-
mética y algo de Geografía; algunas veces
marchaba con mi padre a la mina, a pesar
de estar prohibido a las mujeres y a los
pequeños, pero el abuelo necesitaba ayuda,
había trabajado mucho, y yo hacía lo que
podía con alegría.

—¿Cuándo y cómo evacuaste de Astu-
rias?

—Evacué con la población civil antes de
tomar esa canalla Gijón—al hablar de los
fascistas sus delicadas facciones se endure-
cen y no disimula su gran odio—, salimos
en un barco. En alta mar vimos un crucero
de guerra, que creímos el *Cervera*; el cua-
dro que entonces presencié a bordo fué ho-
rrible. Nunca lo olvidaré: las mujeres llo-
raban y proferían desgarradores gritos,
abrazando a sus pequeños, como queriendo
de esta forma protegerlos de todo peligro;
algunos se desmayaron; una abortó del
susto y no sé cómo llegó a puerto con vida.
Afortunadamente resultó ser un barco de
la escuadra inglesa, y sin más incidentes
desembarcamos en Marsella; de allí fuí a
Barcelona, de aquí a Cartagena, donde es-
tuve unos dos meses en la escuadra repu-
blicana.

—¿Qué hacías en la Marina?

—Nada; ver y aprender, cuando estuve
en unas maniobras.

—¿Cómo no sigues allí?

—Me cansaba; yo anhelaba ir a un pun-
to donde defendiese bien España y morir
alegremente, cantando.—Diciendo esto, su
semblante adquiere la gravedad de un ge-
nio, seguida de una dulce sonrisa, dando
muestra de quedar satisfecho de sus pala-
bras; al encontrarse su mirada con la mía,
se turba ligeramente y, como queriendo
convencerse y aclarar su situación, prosig-
ue—; yo soy un chico, pero pienso más
que muchos hombres. Yo sé por qué ludo,
ludo por ser todos iguales, y ellos..., ellos
luchan por sus egoísmos, por mandar so-
bre nosotros, los trabajadores, sí, yo sé
por qué luchamos, yo sé que tenemos razi-
on. Estuve en una batería, luego vine a

ésta, y sigo igual, viendo, fijándome y
aprendiendo.

—Ayer me dijiste que podías haber mar-
chado a Rusia, ¿por qué no fuiste?

—A mí no me gusta salir de la España,
que es mi patria; prefiero luchar, pasar
calamidades, hambre; estoy bien aquí, y
no quiero salir al extranjero. Sé que mar-
chando, quizá mañana sería más útil a la
España, pero prefiero luchar, me gusta
luchar..., si mañana tuviese ocasión, sí me
gustaría ir y estudiar.

—¿Es cierto que también pudiste mar-
char a Inglaterra?

—Sí; pude ir con un paisano, tripulan-
te de un barco mercante inglés; estaba em-
peñado en que fuera con él; es de mi pue-
blo y nos encontramos en Cartagena; ha-
bló con el capitán, el cual dió su conformi-
dad, pero yo me negué, ya te he dicho que
no quiero faltar de la España hasta que
vea nuestro triunfo.

—Cuéntame algo que te haya ocurrido
en los frentes.

—Verás. Estábamos con la batería en
Pozoblanco, por cierto hay unos luchado-
res excelentes por allí, muy animosos, siem-
pre están cantando; un día aparecieron
catorce "pavas", todos nos refugiarnos, yo
me coloqué entre dos rocas, entre ellas me
creía seguro como en las entrañas de la
tierra, sin embargo, una bomba cayó en lo
alto y todo saltó hecho trozos, quedando
yo sepultado, no recobré el conocimiento
hasta media hora después de ingresar en
el hospital. Otra vez fué en Teruel, apa-
recieron los pajarracos de sorpresa y des-
cargando, yo me tumbé debajo de una pie-
za, y uno de los "regalitos" hizo explosión
encima de ella, creí acababan mis cortos
días, todo lo destrozó, y a mí, sólo me cau-
só magullamiento y pérdida del conoci-
miento; está visto que no pueden conmigo.

—Peque, ¿qué tareas crees más urgen-
tes?

—La más urgente—dice, con la seguri-
dad del que está en lo cierto—es enseñar
a los analfabetos y mejorar los conocien-
tos de los que ya saben algo, la cultura nos
ayudará a ganar antes la guerra, ya que
todos comprenderemos los pequeños pro-
blemas de la lucha y seremos más cons-
cientes; en mi batería había varios anal-
fabetos, pollinos, y nuestro comisario y el
maestro les han enseñado a leer y escribir,
ahora les quieren mucho, casi los adoran
como a seres superiores; su alegría es in-
finita al poder escribir a la madre, a la no-
via. Yo enseño a uno que no sabe leer, ya
deletrea algo, antes de un mes escribirá a
su familia. Yo enseño lo que sé y todos de-
bemos enseñarnos mutuamente lo que sa-
bemos. Esto es una alegría para él, para su
familia y para quien le ha enseñado, que
ve satisfecho que ha hecho un bien. Consi-

Los fantasmas de la guerra

Recibe el alma impresiones que no se borran, como hay recuerdos en nuestra mente que siempre viven en ella con perenne juventud. Si fueron desagradables, si nos produjeron contrariedad, sorpresa, estupor o ira, observaréis que aunque pasen años, aunque la procesión lenta de los días nos lleve con su vaivén por múltiples sendas insospechadas, en los recodos de su camino, en cualquier remanso grato donde las sensaciones cobran el ritmo de serena reflexión, allí os saldrán a buscar y, queráis o no, habréis de saborear el regusto amargo que se quedó en vuestro paladar, como dormido al socaire del vendaval de los tiempos.

De estas pretéritas enseñanzas, de estos reflejos de nuestra vida, sacamos la experiencia para el presente y las luces de esperanzas que nos conducen al porvenir.

Recuerdo que de pequeño me entusiasaban con su relato los viejos de mi lugar, y siempre estaba anheloso de que en los mismos surgiese algún fantasma descomunal, de cautelosos y turbios pasos y de intenciones desconocidas. Era, en efecto, cosa de ver cómo un mascarón grotesco, empleando mil argucias chabacanás, se imponía al vecindario sin más armas que el pavor que en las gentes inspiraba. Para ello se valía de un raro atuendo impresionador, adoptaba posturas ex-

travagantes, aullaba unos gritos sordos con huera voz, trazaba signos en el espacio con ademanes incomprensibles, y siempre conseguía, tras breve esfuerzo, que la gente se apartara, abriéndole paso, para que el truhán pudiese a todas sus anchas salir a puerto seguro en sus intenciones. Y hubo tiempos en España en los que no había ladrón de honras, ni paladín de otros fines inconfesables que no adoptase el raro vestido, y tocando su cabeza con un largo capirote, anduviese con desenfado en turbios negocios, sin que la gente, medrosa, le molestase. Ahora que ya van pasando los prejuicios ancestrales en que la superstición era alma del pueblo, no tiene vida ni explicación la fama espectacular del fantasma callejero. Mas como todos los atavismos son tan difíciles de extirpar, a poco que nos fijemos, encontraremos fantasmas y monigotes enquistados en la vida de la más limpia organización. Pululan a la sombra de los partidos, caracolean en torno a los sindicatos, invaden altas esferas, encubren su villanía con vistosos uniformes, y hacen acopio de privilegios sin otros méritos que su audacia, su cara dura y su avilantez. Nadie sabe a dónde van ni de dónde vienen, pero los fantasmas medran, y lo que es más doloroso, rebuyen y mangonean constantemente sin

que nadie se interese por definir y aclarar estas intenciones. A mí no me preocupan estos ridículos entes en los partidos, porque sé que el mejor día, con el más leve soplo de aire, quedarán al descubierto sin que su audacia y palabrería puedan salvarle. Pero considero un serio peligro que por una negligencia nunca explicable los dejemos que se infiltren en nuestro Ejército Popular. Los fantasmas de la guerra, los que se acercan a ella como a un refugio, no los debe tolerar la revolución, ni deben hallar un hueco donde se esconda su cobardía. No sirven ya pedestales ni plataformas y hay que andar por nuestros frentes con la conducta tan clara como los rayos del sol. Cada cual debe tener su sitio seguro, y que todo el mundo sepa dónde están sus obligaciones y su misión. Y si hay un emboscado, si alguien quiere ser fantasma y vivir haciendo gestos que a nadie pueden interesar, digámosle claramente que ésta no es guerra de hacer el pícaro, sino de poner la sangre y el corazón al servicio de la patria, pisoteada en estos momentos por los enemigos de la libertad. No más emboscados ni más fantasmas: sobre todo, en el Ejército, en el que hemos de limpiar todo lo que estorbe, que será un eficaz modo de acelerar la victoria. Y cuanto más minuciosa y limpia se haga la depuración, más pronto llegará el día de que cantemos triunfo.

FERNANDO CALPENA

dero que hay dos clases de analfabetos: el que no sabe leer, y al cual hay que enseñar, y el que estropea o perjudica las cosas por ignorar su valor o para qué sirven, a éstos es más difícil convencerlos, pero aunque la tarea sea ardua, hay que demostrarles no deben proceder en esa forma.

Hay otra tarea que es de suma urgencia resolver, por individuos como los que antes digo se llevan a cabo requisas de ganado, aves y objetos; hay que hacer comprender a estos compañeros el enorme perjuicio que causan al buen nombre del Ejército Popular con sus desmanes, además del natural que causan al campesino, hombre que está todo el año esclavo de su tierra, si al brotar el fruto se le arrebatara, es muy justa su indignación, más cuando para sacar una patata, se estropea un kilo. Hay que demostrarles a esos individuos este hecho y que esos casos aislados no se repitan, y si algún incorregible no atiende, consciente o inconsciente estas indicaciones, no

hay que tener miramientos con él, se le debe castigar como a enemigo nuestro; desde luego considero que este es también un problema de cultura, hay que demostrarles que la propiedad privada está garantizada por nuestro Gobierno, y éste es el único que puede disponer incautaciones.

También es urgente organizar la recogida de la cosecha que no pueden recoger los campesinos, como también ayudar a éstos; yo llevo varios días segando, nunca lo he hecho, pero tengo voluntad. Hay que luchar y recoger la cosecha, que es ganar una batalla, pero no debe pasar como allá en Pozoblanco, que después de segado, no se sacó; tuvimos tiempo de sacarlo y no se hizo, ahora nos lamentamos si algún día el suministro de pan es escaso y nos acordamos de aquellas fanegas que se quedaron. Ayer trajeron a mi batería veinte hoces, ya hemos segado un trozo, mañana segaremos éste.

—Bien, pequeño, no te desmayes.

hago la última pregunta: ¿Qué piensas ser cuando la guerra termine?

—No sé; no me preocupa, si no sirvo para estudiar, iré a trabajar a la mina —cuando la nombra queda mirando al infinito, parece que ve como cosa segura, inevitable su destino—; tuve amigos asturianos, y todos me han causado la misma impresión al hablar de la mina.

Tu vida es digna de ser referida por una pluma maestra; he tratado de describir algunas de tus preciadas cualidades de niño-hombre, de rebelde, de patriota, y sobre todo de conciencia. ¡Qué todos los combatientes hagamos nuestras tus tareas, y el triunfo estará más cerca, mucho más cerca!

—Peque, me causaste con tus palabras más impresión que muchos hombres; nunca te olvidaré, que la suerte te acompañe.

GOSALVEZ

El soldado español

¡Gran victoria la conseguida por el soldado español en la batalla del Ebro! Gran victoria, no solamente por lo que en sí es la operación, sino por las condiciones en que la misma se ha efectuado. La desigualdad de armamento (desigualdad que ponía en inferioridad de condiciones para combatir a nuestro Ejército), lo difícil de la operación y el realizar la misma cuando el enemigo atacaba por tierras de Extremadura y Levante, tierras que defendíamos, como todas las demás con tenacidad y heroísmo incalculables, plasmó una vez más, por si fueran pocas las veces que lo ha demostrado ya, quién es el soldado español, y qué es lo que del mismo puede esperarse, cuando lucha, no mediante una disciplina coactiva, sino con una disciplina consciente y cuando, además, va al campo de pelea persuadido que precisa hacerlo para liberar su nación, para evitar que sus hijos (no ya él, que antes prefiere morir) continúen viviendo la misera existencia que han tenido y que les aguardaría si la invasión se adueñase de España.

Cuando de defender la independencia de su patria se trata, todo buen patriota sabe luchar con valentía, con abnegación y con heroísmo. Pero España pudiera decirse que es el país que con más coraje y con más estoicismo ha defendido siempre su suelo. Los españoles, el auténtico pueblo, que al nacer llevó innata la sumisión, el servilismo y, por consiguiente, la bajeza, han vivido durante muchísimos años sin poder echar a un lado esta tradición, sin poder arrancarse las cadenas que a ellos y a sus antecesores les oprimían y les oprimieron, y sin poder tampoco, por tanto, marchar en la vida por un sendero más humano; por el único, por el necesario.

Pero estas cadenas de que hablamos, que no podían romper por temor a que, al verse libres, España se convirtiera en un mar de sangre por la necesaria venganza, fueron al fin rotas; y no única y exclusivamente por nuestro esfuerzo, sino porque a ello nos ayudaron nuestros mismos enemigos. Ellos rompieron el primer eslabón y con el fuego de sus fusiles y la indignación que nos hicieron sentir por su traición, fuimos poco a poco destruyendo nuestra cadena-prisión.

Y el 18 de julio de 1936 nos vimos libres por fin; y ya sin miedos, sin temores, sin preocupaciones y sin vacilación de ninguna clase, surgimos tal conforme somos: valerosos, honrados y patriotas.

No vamos a hacer historia en estas líneas de los hechos que han acontecido desde esta fecha. Hemos vivido y estamos viviendo los acontecimientos tan de cerca, que no olvidamos ni podremos olvidar jamás el detalle más insignificante de nuestra guerra. Miles de muertos, miles de inválidos y miles de heridos, tenemos que lamentar por la misma. Estas cifras serán las que hablen mañana en la Historia, de lo que es nuestra lucha. Estas cifras serán las que digan mañana en la Historia, serán las que recuerden a quienes pudieran tenerlo olvidado, quién es y cómo procede el soldado español.

Varios jefes de Ejércitos extranje-

ros habían y han hablado del heroísmo de los españoles en el campo de batalla. Todos han reconocido que el mismo es inimitable, y que con fuerzas como las españolas, dotadas de un material bélico que iguale al del enemigo, es un Ejército invencible. Recordemos la frase (y no citamos más que ésta porque quiere decir mucho) del general Wellington, cuando ayudando a España en su lucha de independencia en 1808 decía: "con soldados como los españoles, son seguras las victorias".

¿Puede agregarse algo más a esta frase? ¿Pueden decirse más frases encomiásticas que resalten de forma más elocuente el valor de nuestras fuerzas? Sí. Indudablemente, entonces no se había conocido la lucha que hoy sostiene el pueblo español, y las páginas que hoy se están gestando, aparecerán mañana con frases que reforzarán aún más las muchas que los jefes extranjeros nos han legado, como admiración hacia el soldado español.

AYEGU

CAMINO A SEGUIR

A vosotros me dirijo, Ejército de la República Española, para recordaros y haceros comprender, una vez más, la obligación y el deber que tenemos todos los antifascistas de cumplir y hacer cumplir la consigna del Gobierno. Resistir, resistir y fortificar sin descanso; de ello dependen nuestras libertades o nuestra esclavitud; si sabemos contener al enemigo, todos nuestros sacrificios de hoy encontrarán su recompensa en el día de mañana, si lo contrario, pensar y meditar bien lo que supondría tener que vivir una vida de miseria y de esclavitud, bajo la tiranía de unos hombres sin conciencia ni humanidad, que asesinan a mansalva a mujeres y niños indefensos, solamente por ver si pueden quebrantar la moral de nuestra retaguardia heroica, dispuesta a toda clase de sacrificios.

¡No lo lograrán! ¡No conseguirán sus propósitos!; somos muchos los nacidos del pueblo de los desheredados, que con nuestro esfuerzo y la ayuda del Gobierno, estamos dispuestos a hacer pagar caras nuestras vidas antes que dejarles pasar; pero precisamos una cosa para hacer más inexpugnable nuestra resistencia; tenemos que fortificar sin descanso noche y día, aprovechemos la experiencia ad-

quirida en los dos años de guerra y cúmplase la consigna FORTIFICAR; sabemos con la clase de material que cuenta el enemigo, pero todos sus intentos de avance pueden quedar fracasados, poniéndoles por delante bayonetas apoyadas en nuestros pechos y una barrera de fortificación contra la cual se estrellarán los mercenarios al servicio de la traición y del fascismo internacional; así pues, no hay que regatearse ni un minuto de trabajo.

Construyamos refugios, a conciencia, que garanticen nuestras vidas de la canalla fascista, resguardemos nuestras máquinas en sus nidos de idéntica manera, y una vez conseguido esto, con pulso sereno y el pensamiento fijo en nuestras libertades de mañana, esperemos acercarse al enemigo, y a la voz de fuego de nuestros superiores, apretemos con coraje el disparador de nuestras armas, para dar al traste con toda la invasión extranjera y con esos generales mil veces traidores, que tanto daño están causando en nuestra querida patria.

Camaradas: Fortificar, fortificar, fortificar.

FERNANDO BRUNA

38 Brigada - 152 Batallón
Ametralladoras

TRES AMAPOLAS

Tarde de primavera. El sol, que había apretado de firme durante el día, se va perdiendo en el horizonte. Cuatro hombres en el campo al pie de un hoyo... ¿lloran? No; humedecidos tienen los ojos, pero nada más; la costumbre de la lucha les hace insensibles. En el suelo una masa, un hombre, uno que fué y no será.

Hace pocas horas tenía vida, alegría, esperanzas. Soñaba con lejanas realidades. Veía una casita alegre y en ella una mujer; fuera, por el campo, correteaba una niña. Son la mujer y la hija, que allá a muchos kilómetros quedaron, por venir él a arrojar a los invasores de su patria.

Sonríe... En este momento, un mortero le destroza materialmente el cuerpo; de todo él brota a raudales su sangre joven. Sólo la cara queda intacta y en ella se ve mezclado, un rictus de dolor y de alegría.

Caen las últimas paletadas de tierra... los cuatro compañeros miran a lo lejos, a las montañas, de donde vienen la destrucción y la muerte. Levantan los puños en son de amenaza, sin palabras queda allí el sello de la venganza.

Se acuerdan de aquella mujer, que ya no tendrá marido; de aquella niña, que ya no tendrá padre.

Admirados quedan al volver la vista. En la última tierra removida, una hermosa amapola se yergue esbelta, balanceándose al compás de la brisa suave. Los cuatro hombres vuelven a las líneas silenciosos, y los cuatro llevan el mismo pensamiento.

Han visto su corazón. El corazón rojo del compañero muerto. La amapola se le asemejaba.

Tenía cinco años. Amapola la llamaban, aunque éste no fuera su nombre. Sin duda sería porque llevaba un traje del color de las amapolas. Lo cierto es que desde muy pequeña así empezaron a llamarla.

Como inocente cordero corre por los campos. La madre, desde el quicio de la puerta, la ve ir y venir en su afán de todos los días y coger un gran ramo de flores para ofrecérselo a un retrato de su padre.

¡Su padre! ¿Acaso se acordaba de él? Sí, pero muy confusamente. Sabía que había ido a luchar con unos hombres, para defenderla a ella. A su madre, la misera casa, la pequeña huer-

ta. Hasta por Periquín, el gallo que no pesaba un cuarterón y que era el terror del gallinero. Sólo a ella quería, se subía al verla en su hombro y empezaba a cacarear como pidiendo pelea. ¡Bien se reía ella cuando la madre la leía las cartas! "Que seas buena." "Que sea bueno Periquín." "Te compraré otro Periquín más pequeño cuando vaya", le decía el padre. ¡Ya lo creo que era buena! Pero a Periquín no le hacía ser bueno, por más que se lo decía. Lo que nunca dijo a Periquín es que la traerían otro más pequeño. Periquín habría sido peor y se hubiera enfadado mucho.

Llevaba un gran ramo de flores silvestres. La primavera se presentaba llena de flores. Había donde escoger. Al lado de la margarita silvestre, la

Impresiones sobre nuestra lucha de un nuevo recluta

Luego de terminar el periodo de instrucción militar, base de una tarea que por el ansia de conseguir nuestra libertad nos enseñaron nuestros jefes, una mañana emprendimos la marcha un grupo de camaradas.

Por un camino estrecho y polvoriento, subíamos los nuevos reclutas a reunarnos con nuestros camaradas, los cuales, en sus ansias de libertad para nuestra querida España, luchaban contra el fascismo, encuadrados en la Brigada. Nuestra marcha no la queríamos interrumpir ni un solo momento, ansiosos de unirnos a los nuestros, por las buenas impresiones que tanto de los jefes como de todos los componentes de la Brigada teníamos nosotros.

Al poco de unirnos a ellos, nos sentimos orgullosos de su compañía, al saber con qué heroísmo lucharon en varios sectores de este frente sin descanso, haciendo morder el polvo para siempre a los invasores que quieren adueñarse de nuestro suelo, cosa que no conseguirán.

Mi primera emoción fué al oír el silbido de un obús enemigo, en su trayectoria criminal. De pronto, sin pensar que allí había nadie, de nuestros mismos pies, surgen los artilleros republicanos, que hacen brotar de sus piezas la respuesta viril al fascismo. Sus disparos son certeros.

Cuando terminaron aquellos disparos

blanca campanilla. Se llenaba de colores la mano de la niña, que recogía la policromía brava de los campos. ¿Pero qué pasaba? La madre, en el eterno espiar a la hija, como si le amenazara algún peligro, vió a ésta cómo tiraba al suelo el ramo de flores, con tanto amor y trabajo fabricado. La vió salir corriendo. Agacharse a coger una cosa. Corre al encuentro de la madre alegre, contenta. ¡Tremolaba en lo alto una gran amapola roja!

Si la hubieran visto aquellos cuatro compañeros que a mucha distancia enterraban a un hombre, habrían dicho era la misma que floreció en la tumba del compañero muerto.

La niña se acercó gritando: ¡Mamá!, ¡mamá!, cuando papá venga, sólo le cogeré flores como ésta.

SANTOS GIL VIYUELA

Delegado político de la 4.ª Compañía

una consecuencia de esto: ¡Qué diferencia del silbido del obús nuestro al del enemigo! El nuestro, con qué gallardía esparcía por el aire nuestras ansias de libertad. Por el contrario, el proyectil faccioso parecía derramar opresión, hambre y crimen. El nuestro parecía querer cruzar más allá de las fronteras para demostrar a las democracias que en España no predominará jamás ni pasará el fascismo, por la firme voluntad y las ansias de libertad de todos los españoles sin distinción.

Otra de mis impresiones fué el apreciar el buen sentido y organización que impera en nuestro Ejército. Un grupo oyendo charlas de nuestro capitán y comisario; otros fortificando nuestras posiciones, sin desanimar un momento. En fin, todos trabajando para acelerar nuestro triunfo.

En resumen: el fascismo en breve se convencerá de que no es posible abatir una muralla formada por nuestro Ejército, tanto de veteranos como de los corazones nuevos incorporados a la lucha, que vienen con ansias de libertad para su España.

ARSENIO CASTELLANO

38 Brigada - 152 Batallón
3.ª Compañía

Visado por la censura

SECCION LITERARIA

Por R. TOVAR CORONADO

FIESTA DE SEGADORES

(Cuentecillos andaluces)

I

La risa de D. Andrés llenaba la habitación de sonoras notas, que se escapaban por la ventana en un chorro cristalino de jocunda hilaridad. Gustábale hablar con Santos, el famoso manijero de segadores, y no perdía ocasión de pegar la hebra, bien marchándose a la *Ereta*, alegre huertecillo que éste labraba en una umbrosa cañada, cerca del pueblo, ora enviando en su busca a Pepico Vázquez, que hacía en la parroquia de monaguillo. Mas no fué así en la ocasión presente: la entrevista de esta tarde era en el mismo despacho de la Casa rectoral y tenía carácter de despedida. Con los primeros albores del día siguiente tenía que salir del pueblo la gran cuadrilla de segadores, con Santos a la cabeza, y éste, vestido de fiesta—pantalón de pana lisa, alpargata algarrobeña, ancha faja a la cintura y su blusa de crullillo, como era de moda entonces—, hacía las visitas propias del caso, ya que el regreso al lugar habría de tardar tres o cuatro meses. La visita a D. Andrés hacía la Santos siempre con la mejor voluntad. Ya sabía él que en cuanto llegase, tras el buen cigarro puro de los que el párroco iba guardando procedentes de bautismos y casamientos, vendría el rico café, aquel tazón rebosante del aromático moka con el que D. Andrés le obsequiaba siempre, a cambio de referirle cuentos galanos, chascarrillos e historietas, en lo que el viejo aldeano era de inacabable fecundidad. “Una conversación que no tenga chistes—solía argumentar Santos—, es como un güevo cocío, ar que no le pongan sal: ¡con tó lo bueno que es, hay que jase fuerzas pa tragarlo!” Y espolvoreaba sus narraciones con tal garbo y donosura, que oírle contar uno de sus cuentos—que en las más de las ocasiones le había sucedido a él—, era escuchar a la misma gracia en traje y apariencias de segador.

II

Llevaba D. Andrés en aquel lugar poco más de un año y, hombre de avanzada edad, no frecuentaba el casino ni asistía a reuniones, viviendo retraído en su Rectoral, de la que apenas salía, si no era alguna vez al huerto de Santos, el famoso manijero, al que le unía antigua amistad. Porque este Santos de quien hablamos, era un espíritu trashumante que había cruzado a España de punta a punta con una

menguada industria de quincallero, y en una de sus andanzas, años atrás, trabó estrechas relaciones con D. Andrés, siendo éste coadjutor de una parroquia serrana perdida en los recovecos del campo de Gibraltar. Grande fué, pues, la sorpresa del anciano sacerdote cuando al tomar posesión del nuevo curato pudo estrechar las manos amigas del antiguo quincallero.

Había Santos dejado su inquieto oficio y, trabajador puntero en las faenas agrícolas, era *sota* en las labores, *manijero* en las cuadrillas de segadores y *encargado* de pasero cuando maduraban los moscateles y había que empezar la recolección. Ahora, precisamente, tenía ya organizada y pronta a salir—como que lo harían a otra mañana—la gran cuadrilla de segadores que, devorando caminos y vericuetos, atravesando cañadas, valles y cerros, no pararían hasta llegar a tierras de sembradío, ajustarían pegujales, cruzarían la campiña de extremo a extremo y de rancho en rancho, ora segando las habas de tallos altos y espesa fronda, luego las rubias avenas y las cebadas resplandecientes como oleadas de plata líquida, hasta meter las brillantes hoces en las doradas madejas de los trigales que destellaban al sol como capullos de gloria.

III

Andaba el pueblo soliviantado con los preparativos de la salida. Ibanse los segadores, y eran, según recordaba Santos, cuarenta y tres hombres fuertes los que tenían preparado el hato para salir en la madrugada. No había pecho sin afán, ni corazón sin una congoja. Sentían las recién casadas aquella larga ausencia de varios meses, y, encendidas en amor y en dulces deseos, rodeaban con sus brazos el cuello de sus galanes, hablando de futilidades, haciendo advertencias mil sobre peligros imaginarios, hilvanando conjeturas sobre la vuelta remota, enumerando tristezas y pesadumbres en aquellos largos días de inacabable separación, y celebrando ya el venturoso instante en que un zagal, al atardecer, llegase al pueblo gritando la noticia del retorno. Andaban las mocitas desazonadas, y se las veía presurosas ir y venir, con nerviosa bulla, buscando huevos para el *hornazo* con que obsequiaban al novio para que merendase por el camino. Consistía éste en un pan moreno, de puro trigo, a cuya masa labrada a puño por esas mismas con el más sabroso aceite

de aquellos campos, daban, según su invención, una extraña forma, ya figurando una airosa cesta, o cualquier otra figura o raro capricho, pero siempre acabado con gran primor, sobre la que las manos habilidosas de las mozuelas iban festoneando centro y relieves de hermosos huevos, frescos huevos de gallina recién sacados del ponedero, que luego cocían al horno, resultando de ello un grato manjar que desde tiempos inmemoriales era costumbre en las novias preparar para este día. Hornazo había descomunal que llevaba incrustadas en su contorno varias docenas de hermosos huevos, algunos de perdiz y otras aveciillas, que la amorosa novia, febricitante, como en un rito, buscaba afanosamente para el obsequio tradicional. En la ancha plaza del pueblo estaban ya colocados los bancos para la fiesta. También era esto costumbre y bien se puede decir que allí se despedían los segadores.

Organizábanla los mozuelos adornando el recinto con ramas verdes, y a ella acudía la juventud, parejas de enamorados, novias presuntas y galanes indecisos, que aprovechaban aquel momento para sus expansiones ilusionadas. En la fiesta de aquel año había una novedad. Dos bailadores de fama, Antoñico el Calderero y Manolo Prin, como incorporados a la cuadrilla, iban a lucir sus habilidades en una competencia noble y reñida, que elevase su prestigio de fiesteros de postín. No hay que decir que a esta reunión acudía el pueblo entero. Entre los primeros grupos que irrumpieron en la plaza, iba el viejo sacerdote, cogido al brazo de Santos, que había querido llevarle para que admirase las filigranas que trenzaban con los pies, a compás de las falsetas y alegría del fandango, aquellos dos bailadores de renombre comarcal. Mientras templaban sus instrumentos los tocadores y las mozas ajustaban a sus dedos las castañuelas llenas de lazos, la gente, en diversos grupos, hablaba de la partida con palabras de emoción. Escuchábase en un corro: —¿Te vas contento, Pepico?—¿Cómo quiere usted que no, señá Rosalía?—¿Hombre, como la siega es tan dura y tan puñemera!... y aluego con este sol que parece mismamente que caen chorros de candelilla...—¿Y qué vamo a jase, si hasta que llega este tiempo no quieren graná los trigos?—Pos que güervas con zalú y con güenos duros, que ya zabemo pa lo que son. —¿Ya lo sabe osté?—Hombre, se dice, se dice..., pero yo no digo na.—Pos ascúcheme osté a mí, señá Rosalía, y lo re-

fiere osté en to er lugar pa que nadie tenga duda. Er dinero de este año lo quiero yo pa comprá la boca de mi serrana, porque viá plantá en ella un tallo e claveles, y lo viá regá de noche con una lluvia de besos, por la curiosidá de ve lo que brota. —Ya se lo diré yo a ella, ¡guasón!, y tú verás que risa le da... Escenas por el estilo había en todos los grupos, donde las hipóboles culminaban en las más graciosas bromas y disparates. En tanto que unos y otros forjaban con las palabras sus castillos de ilusión, comenzaron las guitarras su brioso rasguear, desgranaron los platillos sus repiques de armonía, y la voz de Emilio el Rubio lanzó al aire este fandango, que fué la llave de oro que puso de par en par las puertas de la alegría.

Mañana se van, se van
del pueblo los segadores,
y ya las mozas están
llorando por sus amores:
¡Mañana se van, se van!

IV

Ardía la fiesta en gozo con el vivo repicar de los platillos, con las falsetas y punteados de las guitarras, y la alegría pomposa y hueca de las españolísimas castañuelas que, con sus moños de lazos multicolores, eran, ondeando al viento, como una lluvia de luz de deslumbradoras iridaciones. Corría, de mano en mano, el jarro lleno hasta el borde del privilegiado mosto de aquella tierra, y en las gargantas de los mocitos se sucedían, sin interrupción, las alegres coplas, vivas improvisaciones, llamaradas de pasión con las que el cantador vestía de luces los compases del fandango. La actuación de los bailadores era motivo de discusión, de acaloradas disputas entre los mozos, de viva admiración en los circunstantes. El famoso Calderero era, por decirlo así, el clásico del fandango. Como Belmonte con la muleta, no había en su cuerpo un solo perfil, ni una leve fibra, que no vibrase a compás del más puro casticismo. Sus mudanzas y falsetas, sus giros y sus compases, tenían la majestad de un ritmo sereno, algo de rito y superstición, de encanto y de maravilla, donde se enseñoreaba como en un trono, el abolengo del baile. Manolo Prin tenía más nervios, le retozaba la sangre moza en su figura cenceña y de rara agilidad, y era, bordando el fandango, como Picasso con los pinceles, un sorprendente renovador que unas veces aturdía, y otras veces deslumbraba con los chispazos geniales de su instinto creador. Los pies de Manolo Prin, en cuanto entraban en ritmo ajustándose al compás del avandolao, se perdían en el aire con acrobacias deslumbradoras, con serpentinas y cadenas, con caprichosas ondulaciones y giros llenos de gracia que nadie supo imitar. Con los dos grandes

maestros, artífices de la danza, estaba justificada la resonante explosión de hipóboles elogiosas con que los acogía la multitud. Satisfechas y orgullosas de poder bailar con ellos, agradecían la invitación las mocitas casaderas, de senos provocativos y ojos de llamas, y al son de las guitarras y los platillos, dibujaban con sus pies, de contorno breve, los primores de aquel baile, que encendía en sus mejillas llamaradas de rubor, y daba a su plenitud nimbos florecientes, como de rosas de mayo.

V

Algún tanto separado del nervioso rebullir de la gente moza, el grupo de los "formales" se divertía, a su manera, viendo cómo retozaba la risa en la juventud y estallaba, atronadora, la traca de la alegría con sus estampidos interminables. Allí estaba D. Andrés con su amigo Santos, Manuel Montero y Bernardo Aponte, y otros hacendados más a quienes también, como al viejo cura, seducía el gracejo y la habilidad del famoso manijero para contar chascarrillos y chirigotas. Por tercera o cuarta vez en el mismo día, tuvo que referir en aquel momento esta graciosa ocurrencia que él presencié en sus pasadas andanzas de buhonero, en un pueblo no lejano y también en una fiesta de segadores. Había en aquel lugar—refería Santos—igual costumbre que en este nuestro de despedirse con una fiesta y celebrar el retorno con un desbordamiento de regocijo. Un año asistió a la fiesta un párroco nuevo—nuevo en el pueblo y nuevo en la edad, pues no tendría más de los treinta y cinco—, y entusiasmado con la belleza de nuestra práctica habitual, ofreció para el regreso, una solemne función, con la que su parroquia se sumaría al regocijo del vecindario. Acabóse la fiesta de despedida, marcharon los segadores, y el pueblo, naturalmente, quedó casi sin un hombre, pues todos los que había en disposición estaban alistados en la cuadrilla. Paseando por las tardes en las afueras, cerca de la fuente que abastecía el lugar, se tropezó nuestro hombre con cierta rubia, garbosa y desenfadada, forastera como él, que hacía vida marital con Antonio el "Pedrojimén", a quien su veneración por el rico mosto le había valido este sobrenombre. Saludó el cura al pasar a la guapa rubia, y ella contestó con una sonrisa de la que fluían chorros de miel. Dicen que los encuentros se repitieron, que una tarde calurosa el buen curita, muerto de sed, pidió un sorbo de agua fresca, que la Samaritana, es decir, la rubia, encalabrada con el palique del sediento paseante calmó todos sus ardores... "y no quiera osté zabé—proseguía Santos—er lío que vino aluego." Cuentan que el "Pedrojimén", a quien lo mismo que el vino entusiasmaban las

nas mozas, había traído a la rubia cierto regalo de la ciudad, peregrino obsequio del que también hubo de probar el sacerdote cortejador. Cayó el buen curita enfermo, estuvo sin decir misa una temporada, y para más confusión y mayor escándalo, el sacristán, que era un parlanchín, no sabiendo explicar mejor lo que al cura acontecía, se dió en decir que su enfermedad era cosa de ungüentos y jeringuillas... Total que pasaron días, y llegó al fin el tan deseado de la llegada al lugar de los segadores. Hubo cohetes que al estallar pregonaron con sus luces el éxito de la siega; vino el fiestazo que es de rigor, y celebróse también la función de iglesia que el buen curita ofreció. Pero lo más notable de todo ello fué el sermón que en dicha fiesta predicó a los segadores. Tras de dar gracias al Cielo por el retorno feliz de sus feligreses, ensalzó en un largo párrafo los principios de moral; hizo la apología de la Virtud con elocuentes razonamientos, para terminar, al estilo llano, con estas o parecidas palabras de admiración: "Sed buenos, hermanos míos; sed virtuosos y buenos, y así tendréis siempre paz en vuestras familias y en vuestra alma. Acordaos siempre de la virtud como del faro sagrado que guía al mundo. No os dejéis alucinar por la tentación, y cuando salgáis del pueblo y os encontréis distanciados de vuestro hogar, no olvidéis que sois honrados, limpios y virtuosos, porque suele acontecer que en algunos casos, se os desaflojan con tal primor los lazos de la virtud que os dais al vino y al juego, vicios de condenación, y no es eso lo peor, sino que visitáis tristes mancebías en donde os ponen perdidos; venís contaminados a vuestro hogar; perdéis a vuestras esposas, y, vamos, ¡todos perdemos!..."

VI

El auditorio de Santos celebró con risotadas la salacidad del cuento, y, como la noche iba ya avanzada, retiráronse a dormir, dejando a la juventud que continuara el vivo jolgorio hasta que el día viniese y con él la dispersión de los parranderos. Lejos ya de la amplia plaza, palenque de la alegría, todavía percibieron el tintineo de los platillos, y al bravo Emilio Pilocho, que con su voz aterciopelada bordaba en rosas de luz los versos de este fandango:

Mi corazón dice, dice,
que se muere, que se muere,
y yo le digo, le digo,
que se espere, que se espere,
serrana, hasta hablar contigo.

Sabido es que en Andalucía, fiesta que da principio al anochecer, se prolonga, incitadora, hasta que las estrellas se van perdiendo, y el alba riega sobre los montes su gloria resplandeciente.

Historia de la segunda

La segunda República Española fué proclamada el día 14 de abril de 1931.

Ya en España con muchos años de anterioridad se notaba un desbarajuste político grande, que demostraba la poca capacidad que los gobernantes que por entonces regían los destinos de la nación tenían, sucediéndose constantemente cambios de Gobierno, que llevaban cada vez la vida de la nación más a la bancarrota; esto, como es natural, estaba creando un malestar en el país, más agudizado entre la clase trabajadora, en la que se veía un marcado deseo de laborar por un cambio de régimen.

Aprovechando este malestar del pueblo contra sus gobernantes, Primo de Rivera el año 1923 dió un golpe de Estado implantando la dictadura y erigiéndose él en el máximo director de los destinos del pueblo.

Este dictador dió al principio un programa que el pueblo no acogió del todo mal, debido a lo asqueado que de los políticos anteriores estaba, pero luego, una vez bien entronizado y teniendo bien sujetos por hombres de su entera confianza todos los resortes del Poder, no hizo nada que diera satisfacción a la clase trabajadora, sino por el contrario, persiguiendo a todo el que sentía ideas democráticas, no dejando exteriorizar éstas debido a un régimen de censura rígido, gobernando, por el contrario, con un marcado favoritismo a favor de las clases pudientes (llamémoslas de derechas), y no mejorando su forma de gobierno la vida de la nación; esto, como es natural, agudizó el malestar, no sólo entre la clase trabajadora, sino también entre mucha clase media y entre la mayoría de los intelectuales del país; éstos, unidos con los políticos de izquierda y los dirigentes de las masas trabajadoras, empezaron una campaña a fondo en contra de la dictadura, que no tardó en dar su fruto, pues el malestar iba en aumento y los cimientos de la corona se estaban minando; esto no pasaba desapercibido para el Borbón, que veía se le acababa el reinado. Entonces, comprendiendo que el dictador no le servía le alejó de su lado y le sustituyó por otro general, cuyo gobierno, podemos decir, nació muerto, pues ya el ambiente estaba muy cargado y lo que se de-

rumbaba no había medio de sostenerlo.

Así las cosas, entre bandazo y bandazo, llegamos al año 1931, en que el Gobierno se ve forzado a convocar unas elecciones municipales, que tienen lugar el 12 de abril de este mismo año, en las que a pesar de emplear todos los medios caciquiles a que estaban acostumbrados, y apoyados en la mayoría de los Ayuntamientos por el Poder, no les dió resultado, y dieron un triunfo rotundo a las izquierdas, a los hombres que con la bandera de "Frente Popular" había presentado su candidatura.

Dado el ambiente que imperaba, a estas elecciones se les dió carácter plebiscitario, por lo que el Gobierno que entonces regía, viendo el resultado de éstas y no pudiendo sostenerse más, el día 14 del mismo mes declinó los poderes, asumiéndolos los hombres que formaron el primer Gobierno de la República y en el que estaban representados todos los partidos de izquierdas y los dirigentes de la clase proletaria, y este mismo día 14 de abril, fecha memorable, fué proclamada la segunda República Española.

Un júbilo indescriptible se desbordó por toda la nación; grandes manifestaciones recorrían las calles, y en sus dichos y cantares, llenos de ironía, ridiculizaban el régimen caído, desfogando así con esta alegría sana todo el odio que hacia lo que acababa de desaparecer sentían, pero sin cometer un acto de pillaje ni romper, como se dice, un cristal, dando con esto un ejemplo al mundo como no se ha conocido en la historia, dada la trascendencia del caso.

Los primeros gobernantes de esta República, que tan limpia nació, animados de un espíritu de conciliación y queriendo la convivencia de todos los ciudadanos en aras del engrandecimiento de la patria, no se metieron a fondo, digámoslo así, con la reacción, conservando en sus puestos en muchos organismos del Estado a personas de probada desafección al régimen, y gobernando y legislando en este mismo sentido. ¿Cómo agradeció la reacción esta grandeza y magnanimidad del pueblo y su Gobierno? Tomándolo por flaqueza y debilidad; de-

a la difamación y la calumnia del régimen y sus dirigentes; saboteando toda la labor legislativa y procurando fomentar el odio entre los diversos sectores del país, llegando en su osadía, creyendo, como digo, débil y sin raíces la República, a un levantamiento militar para aniquilarla; éste tuvo lugar el 10 de agosto de 1931, y en él sufrieron una decepción, pues fué rápida y enérgicamente sofocado por el Gobierno y la clase trabajadora, que se puso a su lado espontánea e incondicionalmente.

Acabado este incidente y hecha la justicia, que desde luego no fué todo lo inexorable que se merecían todos los que tomaron parte en el levantamiento, sigue la República su ritmo defendiéndose de los escollos y dificultades que diariamente se le suscitan; a esto contribuye en gran parte cierta tirantez y partidismos de los diferentes sectores, que con tan buena compenetración coadyuvaron a la derroca del antiguo régimen.

Los enemigos de la República, que no habían escarmentado, por el contrario, procuraban obstaculizar todo lo que podían, y aprovechando estas disidencias de las clases y partidos de izquierdas, arreciaron su campaña de sabotaje y propaganda, siempre a base de la difamación y la calumnia, pues nunca han tenido motivos en qué basarse, y esto les hacía emplear este medio bajo y odioso.

Así en este ambiente, llegamos a los últimos meses del año 1933, en que se celebran unas elecciones, en las cuales los enemigos del régimen, debido a que los hombres de izquierdas no fueron a ellas todos los unidos que debían, lograron sacar una aparente mayoría, entronizándose en el Poder con la complacencia del entonces Presidente de la República, el traidor Alcalá Zamorá. Y desde esta fecha empieza lo que se dió en llamar el bienio negro, pues en los dos años que lograron por malas artes sostenerse en el Poder, no hicieron más que abolir lo que los Gobiernos democráticos anteriores habían hecho, mayormente en materia social, no dando ninguna satisfacción a las masas proletarias, sino, por el contrario, persiguiendo toda idea de emancipación de éstas, por lo que

na República Española

acrecentaron el odio de la mayoría del país, y muy particularmente de la clase trabajadora, que alentada por sus dirigentes estaba formando un ambiente revolucionario en contra de esta canalla, que tan mal agradecía el comportamiento del pueblo al advenimiento de la República y de sus dirigentes durante su mandato. Este ambiente revolucionario llegó a su grado máximo en octubre de 1934 en que estalló, pero sin la debida ligazon, siendo en la región asturiana donde con más fuerza y fe se produjo, por la causa antes apuntada y otras que omito. Fué sofocado y reprimido este movimiento, para lo que emplearon métodos de crueldad y ensañamiento que repugnaban a toda conciencia humana, empleando, particularmente en Asturias, unas represalias odiosas.

Por temor a estas represalias, muchos hombres de izquierda, entre los que se cuentan no pocos intelectuales y representantes de la clase obrera, se ven forzados a salir de nuestra patria.

Siguen los políticos traidores gobernando el país a su antojo, cometiendo una serie de inmundicias que más tarde salieron a la luz pública.

Los expatriados, desde el extranjero en colaboración con todos los elementos sanos del país, arreciaron su campaña en contra de estos odiosos políticos que demostraban su incapacidad como gobernantes de una manera palmaria, pues los conflictos se sucedían sin resolver y el ambiente nacional les asfixiaba.

Esta propaganda de las izquierdas españolas tuvo su éxito culminante en el mitin que nuestro querido Presidente de la República, Excmo. señor don Manuel Azaña, pronunció en Madrid (campo de Comillas), y al que acudieron particulares y representaciones de todos los rincones de España e incluso del extranjero, resultando el acto más grandioso que en este sentido se ha conocido y que por su magnitud marcó claramente cuáles eran los deseos del pueblo español, y dió al traste con esta política de tiranía y oprobio, pues desde esta fecha se les hizo más difícil su desenvolvimiento. La vida de las Cortes se hizo imposible, por lo que el entonces nefasto Presidente de la República, no

tuvo más remedio que dar el Decreto de disolución de éstas al Presidente del Gobierno que entonces había, Portela Valladares. Este Gobierno se vió precisado, naturalmente, a convocar unas elecciones para diputados, las cuales se anunciaron para el 16 de febrero de 1936. La campaña que precedió a éstas fué muy enconada e intensa, haciéndola la reacción con la bandera de antimarxismo de una manera canalla y grosera, por lo que en vez de perjudicar a las izquierdas, esto les favoreció, pues el pueblo ya estaba convencido de la forma que sus enemigos obraban y sabía a quién tenían que apoyar, como lo demostró el día que se celebraron dando el triunfo de la mayoría a los hombres que representaban sus aspiraciones.

Ante estos resultados, retornan a su patria todos los españoles que en el extranjero esperaban llegara este momento, muchos para hacerse cargo de carteras que se les habían designado, pues se habían hecho cargo otra vez de los destinos del país los verdaderos defensores de la República, la que podemos decir volvía a nacer en esta fecha, pues durante los dos años odiosos la tuvieron secuestrada sus enemigos, y volvía a la luz limpia y honradamente fortalecida y reforzada por otro plebiscito, en que otra vez se reflejó la voluntad de la mayoría de los españoles.

Fuó revisada en la Cámara la labor del todavía Presidente de la República señor Alcalá Zamora, y vista su actuación, que tan malos resultados dió a la República, debido a su parcialidad y cambalache con los enemigos del régimen, éstas acordaron su destitución, y pasa a ocupar este cargo interinamente el entonces Presidente de las Cortes, don Diego Martínez Barrios, hasta que sometido a votación quién debía ocupar este cargo, fué proclamado el actual Presidente con el asentimiento de casi todos los sectores del país, como se demostró el día de su toma de posesión, en el que prestó juramento, pues el entusiasmo se desbordó en el Parlamento y en la calle, ya que el pueblo en masa vitoreaba y aplaudía con fe al hombre que a pesar de ser uno de los que más se ensañó la reacción con la difamación y la calumnia, supo conservar su

serenidad y sangre fría y arrancar la República de manos de sus enemigos.

Y ahora es cuando empieza una etapa de Gobierno recta y justa.

Pero a pesar de esto, la reacción no se sometió, sino que, por el contrario, sus políticos en el Parlamento no hacían más que obstaculizar toda labor legislativa y sus organizaciones procuraban fomentar más el odio y la revuelta en la nación, llegando a alentar a sus masas el atentado personal, como lo demuestra el caso de Juanita Rico y otros posteriores, y así, en este ambiente de enconos, llegamos al mes de julio de este mismo año de 1936, en el que un día es asesinado un jefe de las derechas, el señor Calvo Sotelo, y estos elementos indeseables de la nación, que habían instigado al atentado y que por ello se habían sacrificado valores amantes de la República, no se resigna por éste que toca a su campo, y tomándolo como pretexto y de acuerdo con todo el elemento militar (salvo algunos casos personales) el día 18 de este mismo mes se subleva contra la República en todo el territorio nacional, sublevación que ya venían tramando con mucha anterioridad y que prepararon bien durante sus dos años de permanencia en el Poder.

Los momentos, dada la envergadura de la sublevación que amenazaba ahogar la República, eran difíciles y de suma responsabilidad, pero teníamos hombres de capacidad y energía en el Poder que no se amilanaron, pues sabían que tenían a su lado la inmensa mayoría del país; el pueblo trabajador no dudó en aceptar sin pérdida de tiempo su ofrecimiento, y dotándole del poco armamento de que se disponía y mandado por sus dirigentes y por los pocos militares que sintiéndose hombres quedaron fieles al Gobierno, lograron en poco tiempo sofocar el movimiento en Madrid y principales capitales, cortando también el avance del traidor Mola en la Sierra.

Viendo su fracaso e impotencia, a pesar de su superioridad en material (porque de sus mandos ya sabíamos su poca capacidad), no dudaron, cometiendo la canallada más grande que registra la historia, entregar nuestro suelo a las potencias fascistas de

(Continúa en la página 16.)

Independencia y libertad

Un corso decidido y ambicioso, que supo arrastrar al pueblo francés de su magna revolución, truncada por el mismo, y hacerle pasar de país invadido a invasor, Napoleón Bonaparte, el gran estratega que invadiendo los territorios vecinos los sujetaba al yugo imperial repartiendo tronos entre sus parientes, que queriendo abatir el poderío inglés e imitar las hazañas de Alejandro el Magno, llegando en sus conquistas hasta la India, fué a Egipto, y allí, junto al Nilo, ante las colosales y casi legendarias pirámides de los Faraones, arenga a los soldados de Francia y pronuncia su celebrísima frase: "Desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan."

Bonaparte quería dominar también a España y a Rusia; tal idea fué el principio del fin de su desmedido orgullo y de su ambición incommensurable. Rusia con su clima y España con su Orografía y el carácter libre e independiente de sus hijos, debilitaron al coloso mientras Europa se levantaba contra el tirano opresor y le derrumbaba en el abismo del destierro. De inteligencia perspicaz, el Capitán del Siglo debió adivinar el carácter indómito e independiente del pueblo hispano y quiso conseguir el dominio de la Península por la intriga y el engaño. Introdujo sus tropas en España con el pretexto de repartirse a Portugal, y se llevó la familia real a Francia. El Dos de Mayo en Madrid, puso en conmoción a todo el pueblo español, dispuesto a defender la independencia patria. Sus montañas y sus hombres, dotados de ese carácter, que no es sino la consecuencia de sus montañas, pues éstas, a través de los siglos, con el aislamiento que suponen, formaron el individualismo y la fuerte personalidad ibérica, opusieron tal resistencia, sin orden ni concierto, pero resistencia tenaz al fin, que dió al traste con todas las ambiciones del emperador. Ni el terror ni los halagos, como lo demuestra la Historia, los sitios de Zaragoza y de Gerona, que probaron hasta lo inconcebible la capacidad del heroísmo de la raza y la concesión de la Constitución de Bayona, con las que se pretendió contentar a los brotes del liberalismo que aquí surgían, ni la concesión de cargos y prebendas, lograron vencer a nuestros abuelos. Los mejores generales y tropas, el mismo Napoleón, tuvieron que emplearse a fondo y cosecharon descalabros sin cuento producidos por nuestros valientes guerrilleros. Llegó a invadir toda España, pero no consiguió dominarla. La resistencia no cesó ni un momento, y ésta acabó por vencer, permitiendo la organización de un Ejército que lim-

pió al pueblo español de la planta del invasor.

Unos hombres, amantes de la libertad y de la independencia, habían elaborado la primera Constitución española, y le habían guardado a Fernando VII, el más felón de los reyes, sembrador de discordias y odios, de las guerras civiles que hemos padecido en las entrañas vivas de nuestros padres y de nosotros mismos, que espoleados por la clase reaccionaria del país, persiguió con saña sin igual a los que le defendieron el trono, que aplicó la segura toda idea de libertad, que cerró las Universidades y abrió la escuela de tauromaquia, y, para fin de desdichas, nos legó un problema dinástico, que sirvió de pauta a la lucha entre el absolutismo y la libertad, carlistas contra isabelinos, autoritarismo contra democracia. Dos guerras carlistas, torrentes de sangre, atrocidades enormes, derroches de fuentes de riqueza, paralización del progreso, atraso de España, y, después de tanta lucha, cuando debió triunfar el liberalismo, abrazos de generales y componendas de reyes aplazan la verdadera liquidación del problema español.

Hemos llegado a la tercera guerra carlista, como la ha llamado nuestro Presidente Negrín. La reacción, la clase opresora, que en todos los tiempos ha tenido a nuestra Patria sometida al obscurantismo y la esclavitud, que tuvo su representación más genuina en Fernando VII, que aspiró a que D. Carlos fuese el prototipo del absolutismo y que logró penetrar modernamente en el ánimo del último de los Alfonsos y hasta en la del primero de los presidentes de la segunda República, esa clase que quería detentar eternamente el Poder para el perfecto goce de sus privilegios a costa del hambre y la miseria de un pueblo, a quien por conveniencia procuraban tenerle sumido en la ignorancia, alto clero libertino, fanático y cerril, la nobleza corrompida por los espadones metidos a políticos, no podían consentir un 16 de febrero de 1936 ¿Qué representaba esta fecha? El punto final del dominio del privilegio.

Lo que en todos los tiempos y con toda casta de reyes y hasta con nuestra blanca y sonriente República consiguieron mante-

LAS SOLUCIONES TIENEN QUE PARTIR DE NUESTRO GOBIERNO. HAY QUE PRESTARLE TODO NUESTRO APOYO, YA QUE DISCUTIR PUBLICAMENTE SUS RESOLUCIONES ES CREAR OBSTACULOS :-:

ner el látigo, vieron decidido a no dejarse engañar más; a un pueblo que sabe ya adónde va y qué es lo que quiere, que no es un pueblo africano, a pesar de que se había tenido el máximo interés en apartarle de la política de la Nación con el bochornoso caciquismo; un pueblo que quería sacudir la tiranía y reclamaba la justicia y el bienestar; un pueblo, en fin, que sabía cumplir sus deberes cívicos. No podían consentirlo, y a pesar de que la República les trataba con blandura; que procuraba atraérselos a su causa; que les respetaba muchos de sus privilegios; que les impusieron un pequeño tributo; que los representantes del pueblo tomasen las riendas del Poder les exasperaba, y se jugaron la última carta. Unos espadones traidores son los que inician la partida. Pero confían en los cañones y la metralla extranjera, que está deseando ensayarse y que ansía una presa donde prender sus garras de rapiña. Es la segunda guerra de la Independencia. El mal imitador de Napoleón, el estadista fracasado, que mantiene al pueblo italiano en la mayor de las ignominias, y su compinche Hitler, vieron en nuestra querida España la joya codiciada. La riqueza de nuestro suelo y la posición ventajosa de nuestra nación, de ser el paso para el Africa, que forzosamente será el continente donde, con los progresos mecánicos, se desarrollarán las máximas actividades de Europa, no podía menos de despertar la ambición insana de los representantes máximos del fascismo.

Se equivocaron porque resistiremos. Como se equivocó Napoleón porque resistieron nuestros abuelos. Como se equivocó la reacción porque se supo despertar, responder y resistir. Aunque invadieran toda España continuaríamos resistiendo. Pero afortunadamente no será así; tenemos un Ejército potente y armado, cada día más y mejor, que ha demostrado que sabe atacar, disciplinado, fiel a la voz del Mando, y sobre todo que sabe resistir, que es la clave de la victoria; la prueba de esto la tenemos en la primera guerra de la Independencia, sin ejército, sin armas, sin casi un palmo de terreno, y se venció.

El pueblo quiere, contra la invasión extranjera, la independencia, y contra la reacción, la libertad. Empezó resistiendo, y ha aprendido a resistir en las trincheras y en la retaguardia. En Madrid, el fascismo no pudo vencer porque Madrid resistió, y como Madrid será el resto de España, hasta que los jefes del fascismo tengan que retirarse diciendo: "no están maduras" como antaño lo hizo el general de las pirámides.

Por la independencia y la libertad de España, cada uno en su puesto. Resistiremos. Venceremos.

MAGISTELE

ANECDOTARIO

★ ★ ★

★ ★ ★

★ ★ ★

★ ★ ★

LAS BRISAS REPUBLICANAS ARRAS-
TRARAN EL POLVO DE LA TRAI-
CION Y DE LA INFAMIA :-: :-:

El colosal Quijote

¡Pobre humanidad! Los jinetes apocalípticos, esas bestias de horror y de muerte, están entre nosotros.

Se hallan en el álgido período de su obra destructora, horrible y espantosa.

El piafar tenebroso, acompañado del rumor de destrucción y de dolor, ya claramente se percibe por todos los ámbitos del mundo.

Sus pisadas retiemblan con ruidos trágicos, cual formidables movimientos sísmicos, por doquier.

Los jinetes apocalípticos quieren devorar a la humanidad.

Pretenden, con sus salvajes y bárbaros métodos, adueñarse de uno a otro hemisferio, y con sus infernales pisadas emular al siniestro caballo de Atila.

A la sazón ya cuenta el mundo con hechos probatorios. La evidencia es palmaria.

Las primeras pisadas ya son algo indescriptible, inimaginable, diabólico.

Iberia es hollada por los bárbaros y pisoteada brutalmente por esos monstruos. No crece la hierba. La sangre la ahoga.

La madre tierra, horrorizada, cierra herméticamente su matriz y despedaza sus entrañas, negándose a derramar sobre nosotros la bendición de su vientre.

Tiene muchos hijos malos. No la defienden contra esta bestia inmunda.

Esta madre santa clama desesperadamente contra el gran crimen. No se la oye o no se la atiende. Se debate en medio de su desgracia, y en su desventura son pocos los hijos que se yerguen varonilmente para defenderla. Tienen miedo, y acuchillada se desangra y está en peligro de muerte.

Acongojada gira su mirada triste por todas partes, y por doquier no ve más que indiferencia y cobardía.

Pero allá lejos, en un rincón del mundo percibe una pequeña figura que se agranda, se agranda tanto, con proporciones tan extraordinarias y tan colosales, que parece quiera sonreír. Sí. Es Iberia, la que a través de todos los tiempos y edades supo dar hijos tan místicos como valerosos, esa tierra de las grandes gestas, en que toda ella es un coloso Quijote que desprecia al escudero Sancho, y se yergue como el de la triste figura, también sin armas, sin medios y con admirable valor recupera los corazones hispanos, y a su calor crece y se

agrandan tan singular y audazmente que no parece sino un gigante de proporciones tan colosales que desde todos los sitios de la tierra ven cómo llega hasta el cielo.

Y habla al mundo con voz tan recia que con cara de espanto empiezan a temerle. Deberán oírle. Y será el General en Jefe de la descomunal batalla mundial contra la inmunda bestia. Los medrosos han de dejar de temblar, sacando fuerzas de flaqueza.

El coloso Quijote Ibérico está en la liza. No retrocede. No retrocederá. Mientras blande la espada en una mano, llama con la otra a los medrosos.

Acudid, pues, y aprestarse en la ayuda para salvar a la humanidad y desechar los fantasmas que os dan miedo y ayudar en el exterminio de la mala bestia.

Acudid. Acudid y no déis motivos para que el colosal Quijote empuñe en la otra mano, en la que ahora cariñosamente os llama, otra espada de tan recio temple, que sea capaz con ella, apretando los dientes pero con deleite, de atravesaros el corazón insensible y duro...

JUAN ANDREU
Sargento

Sobre los 13 puntos...

Al Comisario de la Brigada

No como un deber, sino por verdadera complacencia le manifestamos nuestra opinión sobre la declaración de Principios del Gobierno, tan entusiasmados de ella como lo ha sido para todos.

Resaltamos la oportunidad, la casi necesidad de su creación en los momentos críticos en que fué dirigida al país. Pero su mérito estriba en lo maduro, equilibrado y conciso de sus trece puntos, de los cuales nos complacemos en subrayar por lo claramente que han sido entendidos por los componentes todos de nuestro Grupo y el entusiasmo que han despertado los puntos tercero y cuarto, por lo que en ellos se acusa la ciencia de la Democracia en cuanto a las voluntades populares del país, sin que ello quiera decir que los demás no hayan tenido la misma satisfactoria acogida, y para mí veo en todos ellos un alto espíritu de democracia y patriotismo, éste último magníficamente reflejado en el primero de ellos.

Tuyo y de la causa antifascista.

El Delegado político de Sanidad,
Ayuntamiento de Madrid
A. BOIX

Los del 18 de julio

Que fecha tan señalada para la Historia de España aquel día en que tantos corazones jóvenes, que jamás habían conocido lo que era una guerra, se lanzaron a la calle en busca de un arma con que defender las libertades que tantos sacrificios y sangre estaba costando al pueblo.

Aquel día en que unos generales traidores a su patria se vendieron al fascismo internacional, creídos de que iban a poder someter a un pueblo, que con el derecho y la razón se estaba forjando su porvenir, sacado honradamente de las urnas el 16 de febrero de 1936.

¿Qué pesadilla tendrían aquéllos, que se creyeron que en quince días dominarían a España para someterla a la esclavitud? No pensaron que detrás de la joven República iba todo un ejército de juventud, que a su primera llamada se pusieron delante, dispuestos a dar su vida por ella, por eso se lanzaron a la calle poniendo sus pechos para contener el paso de las hienas ansiosas de sangre, que al ver el valor del león hispano tuvo que recurrir a los perros extranjeros, a aquellos que ambicionando las riquezas de nuestro suelo, no dudaron en traer Ejércitos y material, ignorantes de lo que les esperaba. Creyeron que la aventura de España sería como la de Abisinia. ¡Desgraciados infelices!, que en los llanos de Guadalajara se convencieron del arrojío de las milicias populares, que más tarde se convertirían en un Ejército poderoso, que supo demostrar que con la razón y la justicia no hay quien pueda, a pesar de todos los líos y chanchullos que pretendan crear las potencias extranjeras.

Nosotros no debemos esperar que vengan de fuera a solucionarnos lo que nosotros podamos hacer. ¡Esa retirada de "voluntarios", que es la última palabra de Mr. Chamberlain! ¿No es más bonita hacerla cumplir nosotros en el mismo suelo español? Yo creo que sí, porque de esa manera no les quedarían ganas de volver a nuestra España.

Por eso, yo me dirijo al pueblo y combatientes desde esta trinchera, para que vuelvan la cabeza atrás, y piensen en aquéllos, que, sin armas ni mandos, se pusieron frente a la metralla asesina, y que nosotros tenemos que vengar para asegurar el bienestar y el porvenir de nuestros hijos.

UNO DE LA 38 BRIGADA

TACTICA MILITAR

Medios de relación y observación

(Continuación.)

MEDIOS DE INTELIGENCIA

Partes, noticias, informes y memorias

44.—Cuando la importancia y extensión del hecho lo aconsejen, podrá notificarse el suceso por breves partes sucesivos, comunicados rápidamente, a reserva de completarlos tan pronto como se pueda, con el parte completo de conjunto.

45.—Especialmente en caso de combate, los partes dados durante el mismo (que de ordinario serán breves) no dispensan de redactar y comunicar, una vez terminada la acción, otro parte de su total desarrollo. Ordinariamente se expondrán los hechos en el orden en que sucedieron; no obstante, en las acciones importantes, se relatarán separadamente los ocurridos en cada uno de los lugares de la lucha, aunque guardando siempre el orden cronológico en los referentes a un mismo lugar.

Las órdenes, partes y noticias recibidos durante el combate y que hayan influido en su desarrollo, serán reproducidos literalmente en el texto del parte o se añadirán a éste copias de ellos, como apéndice.

46.—En todo parte escrito, como ya se dijo respecto a las órdenes (35), la forma de redacción más adecuada es por párrafos cortos, separados y numerados cuando la extensión así lo exija, por orden de mayor a menor importancia de materias y reuniendo en un solo párrafo todo lo referente a un mismo asunto.

47.—En el encabezamiento del parte se indicará; quién es el *remite*nte y quién el *destinatario*; la hora en que se expide y el *lugar* en que se halla el expedidor.

48.—Todo parte escrito deberá ir firmado por el que lo expide.

49.—Cuando sea necesario o conveniente, el parte irá acompañado de planos, croquis u otros medios de información gráfica (fotografías, dibujos, vistas panorámicas, etc.), o bien de las relaciones o estados pertinentes (de bajas, de municiones, de viveres, etc.).

Todos los expresados documentos

irán numerados, y cuando de ellos se haga mención en el texto serán citados por sus números respectivos.

50.—Cada expedidor numerará correlativamente todos los partes que expida en una misma fecha, comenzando siempre por el uno la numeración de los correspondientes a cada día, y cuando tenga que hacer mención de un parte anterior lo citará por su número y fecha.

51.—En principio, todo parte debe ser cursado por los trámites reglamentarios. No obstante, en casos urgentes será comunicado directamente al superior a quien pueda interesar en primer término o de modo especial, a reserva de comunicarlo después, tan pronto como sea posible, al superior inmediato del expedidor.

52.—Cuando el parte sea consecuencia de una orden cumplida será dado siempre directamente, si no se ha prevenido otro trámite, a la autoridad de quien dicha orden haya emanado, debiendo comunicarlo después al superior inmediato del expedidor, a menos que la expresada autoridad haya ordenado guardar secreto.

53.—Todo cuanto queda preceptuado para los partes es también aplicable a las *noticias*.

Siempre que una misma noticia sea enviada a la vez a varios destinatarios, se hará mención de ello en la dirigida a cada uno.

54.—En los *informes* o *memorias* se tendrá en cuenta lo preceptuado para los partes y noticias, excepto en lo que se refiere a la extensión y detalle, ya que lo que caracteriza a los dos primeros de dichos medios de inteligencia, es una mayor amplitud de exposición.

Abreviaciones y cifrado

55.—Cuando convenga comunicarse sin emplear el lenguaje corriente, ya sea para obtener mayor rapidez en las transmisiones, ya para ocultar al enemigo el contenido de los despachos o mensajes, o bien para evitar posibles indiscreciones de los intermediarios, se hará uso de un lenguaje convencional, que puede ser *condensado* o *cifrado*.

A.—Lenguaje condensado.

56.—Se entenderá por lenguaje *condensado* el constituido por abreviaturas literales, signos o señales de significación convencional, previamente determinados.

Su empleo está indicado especialmente en el campo de batalla para los mensajes de uso corriente en el combate (designación de distancias, de objetivos o de puntos del terreno, observación del tiro, petición de municiones, de refuerzos, etc.).

57.—Las abreviaturas, signos y señales del lenguaje condensado, se fijan y determinan por medio de un *código de abreviaciones*, en que las frases convenidas están representadas por letras, que son generalmente las iniciales de todas o de las más importantes palabras de cada mensaje y por *repertorios de señales*, en los cuales se emplean señales características de los diversos procedimientos de transmisión.

58.—Los códigos de abreviaciones pueden ser permanentes, ya que la significación de los mensajes puede encubrirse, además, siempre que convenga, por medio del *cifrado*.

Los repertorios de señales deben cambiarse con frecuencia, y desde luego, siempre que haya sospecha de que sean conocidos por el enemigo.

B.—Lenguaje cifrado.

59.—El *cifrado* consiste en sustituir un texto escrito en lenguaje corriente o condensado, por otro que sea ininteligible para toda persona que no deba conocer su contenido. Se realiza por medio de *diccionarios* o *cartillas* (según su mayor o menor extensión y generalidad) de *cifrado*, en los que se establece la representación convencional de los diversos mensajes previstos, y por *procedimientos criptográficos*, más o menos complejos, con los que dicha representación convencional se obtiene por *sustitución* o *transposición* de elementos del texto primitivo, aplicando claves o reglas previamente determinadas.

60.—El *cifrado* puede aplicarse también a un texto ya cifrado por primera vez; en este caso recibe el nombre de *super-cifrado*.

(Continuará.)

ACTUALIDAD INTERNACIONAL

La retirada de voluntarios

Es ya conocida por todos la contestación que el Gobierno español dió al proyecto británico sobre la retirada de voluntarios de nuestro suelo. Vamos, por ello, a limitarnos a subrayar en estas columnas la excelente impresión causada en los medios internacionales por la actitud digna y serena de que una vez más ha hecho gala la República española.

Aún con todas las reservas y enmiendas propugnadas en su contestación, el Gobierno la ve comentada favorablemente, y aún considerada como aceptación que le honra. Desconocemos la respuesta de Salamanca, pero estimamos que no es ciertamente un favor lo que se están haciendo los rebeldes, con su silencio.

Al aceptar la retirada de nuestra lucha, de los auténticos voluntarios que, saltando los límites de fronteras e intereses particularistas, vinieron en auxilio de nuestra causa porque era la de la libertad, no puede interpretarse tal aceptación como desconocimiento de valores morales, o de ayudas materiales, ciertamente positivas.

Las brigadas internacionales, como todos aquellos organismos e individuos que hicieron o hacen de la solidaridad algo más que una palabra, merecen nuestra gratitud imperecedera. No se interprete, pues, nuestra aceptación de su apartamiento como de ignorancia u olvido, que diría mal de nosotros. Se trata de una concesión más, ¡¡una prueba más!!, que ofrecemos al mundo, para que se entere de una vez, acerca de nuestra conducta y del significado exacto de la lucha.

El conflicto ruso-japonés

La atención de los comentaristas de la actualidad internacional, se concentró en torno al incidente (?) fronterizo provocado por los nipones frente a la U. R. S. S.

Hubo jornada en que la expectación trocóse en ansiedad y en la que un conflicto armado se admitía como posible. Lo cierto es que a la provocación japonesa, al ataque injustificado, Rusia no contestó enviando a ningún místico Runciman, cuyas posibilidades de éxito son problemáticas en Checoslovaquia, sino que, por el con-

trario, movilizó una parte, una pequeña parte, del Ejército que simboliza militarmente su potencialidad. El pueblo soviético no permaneció inactivo, demostrando su adhesión al Gobierno, al par que exteriorizaba fervientes deseos de acabar con la serie de atentados que los países fascistas vienen dirigiendo contra la paz mundial.

¿Consecuencias? Solamente una. La única que lógicamente cabía esperar. El Japón, ante la actitud firme de Rusia, asentada en realidades y en hechos más que en promesas o palabras, se repliega cautamente, proclamando vehementes deseos de localizar el conflicto, conflicto que no conoce más responsable que su osadía en el terreno diplomático, para darle así solución pacífica y, desde luego, amistosa (!!!).

La U. R. S. S., sin desechar tal posibilidad, ha sabido mantenerse con dignidad y energía, tan poco corrientes en la política internacional de los últimos años. Y así, advierte que no tolera la invasión en un solo kilómetro de su territorio, ni el ataque a ningún soldado o ciudadano soviético.

Los tanques, aviones y el propio pueblo ruso, rubricaban imponente-

mente tales advertencias, en forma tan expresiva, tan aleccionadora, que ya tienen los nipones contestación al sondeo, que en definitiva era móvil de esta cuestión. De ella, quizá no sea destacable nada más. Pero permítasenos, sin embargo, que acabemos nuestras impresiones, estableciendo elocuente parangón entre la política vacilante, repleta de claudicaciones que da forma a la humillación más vergonzosa con que Chamberlain viene afligiendo la dignidad británica, y la gallarda conducta de Rusia, que hace retroceder al fascismo internacional.

Es lo de Alemania en Checoslovaquia. Lo que sucederá siempre que a los provocadores se les oponga la fuerza y el decoro, en vez de la concesión o las posiciones vergonzantes.

Carece de fe todo el que pone en duda la victoria. Es perjudicial el que admite como posible el triunfo del fascismo. Hay que eliminar de la lucha, por tanto, a todos los agiotistas, que, con apariencia de antifascistas, sistemáticamente hablan de lo que sólo incumbe a los jefes del Ejército, ya que son éstos los únicos que tienen autoridad para hacer pronósticos de índole militar.

NOTICIAS DE ULTIMA HORA

Londres.—El corresponsal del *Sunday Times* en Berlín telegrafía a su periódico que, según informaciones de buen origen, Balbo ha sido encargado por Mussolini de obtener durante sus conversaciones de Berlín concreciones sobre "las medidas militares". También ha encargado Mussolini a Balbo que aconseje a los dirigentes alemanes moderación y prudencia. Se añade que en las conversaciones celebradas ayer por la tarde con Goering, Balbo, aun estimando la gran comprensión del Gobierno de Roma en lo que se refiere al problema checoslovaco, declaró a los dos jefes nazis que Italia no intervendría gustosamente en un conflicto eventual debido a una acción precipitada de Alemania en la Europa central.

Paris.—En los círculos políticos ha causado honda satisfacción el acuerdo del partido socialista, el *Parti Socialiste*, con el

ñol, en el cual se hace un llamamiento a la unión de todas las democracias de los distintos países para ponerse en guardia contra el fascismo.

La noticia ha llegado de Barcelona y ha sido excelentemente acogida por los círculos parisinos, en muchos de los cuales se conviene en la necesidad de crear un bloque ideológico para hacer frente a los embates del bloque fascista, que opera, hasta ahora, contra las democracias con toda impunidad.

Ha llamado singularmente la atención la última parte, en la que se reclama que los organismos internacionales desarrollen una acción enérgica para terminar con la intervención extranjera en España, ya que no se trata de una guerra civil, sino de una guerra de invasión, que no terminará más que con la victoria del pueblo español.

TEMAS SANITARIOS EL CAMILLERO

Si definiéramos sentimental y profundamente al camillero, diríamos que es en la guerra lo que la madre es en la paz; la ternura puesta al servicio de la abnegación humana. Porque la abnegación en el soldado de Infantería se manifiesta por la ofrenda de todo su ser a la causa de la solidaridad humana, pero en el momento del combate, sólo los sentimientos del valor y del coraje, imponiéndose al instinto de conservación, florecen bravamente en su alma; pero la profunda compasión inspirada en el dolor ajeno, la más noble de las ejecutorias porque se escribe con la propia sangre, si llega a rozarle es con un suave aleteo piadoso, pero no permanece. En el camillero ese sentimiento se yergue sobre los demás, ya sea el valor, ya la audacia, sobre el heroísmo en suma, y engendra el sacrificio de sí propio, no por una realidad intangible como es la libertad, sino por un ser ponderable y palpitante como

lo es un hombre. Es en ese momento sublime, cuando arrebatando a la víctima a la perduración del sufrimiento y tal vez a la muerte, el esforzado y humanísimo soldado sólo vive para arrancar al herido de las garras inexorables de la Fatalidad e infunde sobre él, con palabras viriles de maternal acento, el ánimo y la esperanza, y si desfallece, por una reacción natural de la piedad acumula sus esfuerzos hasta la extenuación; por un instante olvida su familia, su ideal, sus más absorbentes pasiones y sólo tiene ojos y alma para el compañero herido, produciéndose en todo su esplendor la más bella expresión de la Humanidad doliente y dolorosa.

Tal es la emoción del instante, aunque fugaz sea, que sobre esta agigantada figura, se proyecta la Maternidad como si reencarnase en ella por milagro del Amor un humilde y a veces hasta un débil camillero.

POPULETO

Historia de la segunda República Española

(Viene de la página central.)

Italia y Alemania, convirtiéndose estos españoles traidores en simples muñecos de guiñol manejados por Hitler y Mussolini.

Al cometerse este hecho insólito, la lucha cambia de fase, convirtiéndose de guerra civil en una descarada guerra de invasión, y por lo tanto para nosotros, y en este nosotros entran todos los verdaderos amantes de nuestra patria, que al lado de su legítimo Gobierno están luchando por defenderla, se convierte, como digo, en guerra de independencia, guerra la más sanguinaria y cruel que se ha registrado en el mundo, pues estos dos "chulos" matones de este siglo, que representan a los países totalitarios, nos hacen esta clase de guerra destruyendo todo lo que hallan a su paso, ensañándose con nuestras poblaciones civiles, asesinando impunemente, ancianos, mujeres y niños, que no han cometido otro delito que haber nacido en un pueblo que quiere ser libre y no se deja aplastar fácilmente.

Y lo terrible también del caso, es que estos crímenes los cometen con la complacencia de naciones que se tildan de democráticas, que tras no hacer nada por cortar esta invasión y con ello sus crímenes, conciertan pac-

tos injustos y odiosos que privan a nuestro Gobierno de poder hacerse con los medios indispensables que para defensa de la justicia y el derecho necesita, dando con ello lugar a que una sublevación que se hubiera sofocado en poco tiempo, adquiriera tan terribles caracteres y llegue a estas alturas.

Pero no por ello la victoria de la justicia y la razón es menos segura, pues tiene a su lado la mayoría de la opinión mundial, pero muy particularmente el apoyo de todos los trabajadores y antifascistas del mundo, y el estímulo de naciones que, como Rusia y Méjico, están abiertamente a nuestro lado.

Esta, a mi juicio, es la historia de la República hasta la fecha, y para defenderla, consolidarla y engrandecerla sigue luchando el pueblo español con fe y coraje en estrecha comunión con el Gobierno de Unión Nacional, que pronto nos conducirá al aplastamiento de nuestros enemigos y restablecerá en nuestra patria la justicia y el derecho y con ello la cultura y el progreso, para disfrute de los españoles que, siguiendo el gesto de la raza con tanta hombría, han sabido ganarlo y merecerlo.

Ayuntamiento de Madrid

Himno dedicado al glorioso 152 Batallón, 4.º, de la 38 Brigada Mixta

Al Batallón y Bandera,
todos debemos seguir;
juremos en la pelea
cual fuerte clamor de guerra...
luchar, vencer o morir...
¡luchar... vencer... o morir...!

La Patria nos dió su enseña,
su honor puso en nuestras manos,
defendámosla, soldados,
con hidalguía y valor;
pues la Bandera de España,
aun más preciada que el oro,
ha sido el único tesoro
para el soldado español.

¡Soldados, adelante!

El Batallón nos dió ejemplo,
en cuantos sitios luchó,
Sierra, Centro y Aragón.

En Levante nos batimos,
con entusiasmo y valor,
pegándonos a la tierra,
como el Gobierno ordenó.

Del Cuarto somos Infantes,
honra de la hispana tierra,
que en la paz, como en la guerra,
saldrá siempre triunfante.

¡Soldados, adelante!

DE BENITO

¿Qué tenemos que hacer para obtener nuestra victoria?

Todo nuestro Ejército sabe ya muy bien que para llegar a nuestra victoria es necesario poner todos cuantos sacrificios se nos acumulen; dándole a nuestro Gobierno y Frente Popular el máximo rendimiento, construyendo refugios, trincheras, etc., etc., como hasta la fecha lo venimos haciendo, nos acercamos al triunfo. Pero es preciso alentar más aún, para que cuando el enemigo intente hacer una ofensiva, le digamos: por aquí no pasaráis, y si queréis pasar, nuestros fusiles y ametralladoras son invencibles, así como nuestro Ejército. Un Ejército, que ha sabido fortalecer nuestro Gobierno, no puede en los momentos más difíciles ser rechazado. ¿Por qué? Porque tenemos fe inquebrantable, que nos hará derrotar al enemigo.

Imprenta de la 38 Brigada.